



Tres poemas de Antonio Gamoneda

Amé. Es incomprensible como el temblor de los árboles.

Ahora estoy extraviado en la luz pero yo sé que amé.

Yo vivía en un ser y su sangre se deslizaba por mis venas y

la música me envolvía y yo mismo era música.

Ahora,

¿quién es ciego en mis ojos?

Unas manos pasaban sobre mi rostro y envejecían dulcemente. ¿Qué

fue existir entre vidrios y preguntas, entre cuerdas y espíritus?

¿Quién fui en los brazos de mi madre, quién fui en mi propio corazón?

Es extraño:

solamente he aprendido a desconocer y olvidar pero el amor

habita en el olvido.

Sacudí la ceniza de mis párpados.

Busqué la luz en el interior de la noche y, sí, se abrió en mí una esfera de luz.
/Era como ser y no ser.

Descansé de mí mismo

hasta sentir que mis venas se vaciaban en la luz

y que las sombras giraban hasta crear el día.

Me acerqué a las materias visitadas por cuchillos, a las que gritan hasta despertar
/el corazón

y aún sentí la pulsación del hierro y la pasión de las máquinas enloquecidas en la
/inmovilidad.

En la pausa mortal, una vez más,

pasaron suavemente sobre mí tus manos.

Oigo un grito amarillo: luz desgarrada por la luz.

Por caminos de espinas, he llegado
al páramo invisible.

No merecía la pena. Me dispongo
al olvido y al vértigo. Ésta es la última
dificultad. Es excesivo
este cansancio sin destino.

No

había palomas en la eternidad.

No

había eternidad.

Palabras para Eduardo Apodaca: textos, poemas, portadas, ilustraciones...

